Benjamín Martín Sánchez
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

El por qué de
LOS CASTIGOS DE DIOS
a la luz de la Biblia

Atiende Señor, y ten piedad, porque eres un Dios misericordioso; y apiádate de nosotros, porque hemos pecado contra ti (Baruc 3,2)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

ISBN: 84-7693-272-3
Depósito Legal B: 4024-94
Printed in Spain
Impreso en España

PRESENTACIÓN

A través de las diversas páginas de la Biblia podemos ir viendo los grandes beneficios de Dios, y a su vez sus muchos castigos debido a las ingratitudes de los hombres para con Él; por lo que bien podemos decir que la historia del hombre con relación a Dios es de continuos pecados, y la historia de Dios con relación al hombre es de continua misericordia.

Vemos, ciertamente, que Dios es sumamente misericordioso, y cabe preguntar, pues ¿por qué Él ha mandado tantos castigos sobre la humanidad y los sigue mandando en nuestros días? Si Dios castiga es por los muchos pecados de los hombres, pero notemos que no lo hace inmediatamente, sino después de haberles advertido pacientemente, ya por los profetas del Antiguo Testamento, ya por el Evangelio y su Iglesia docente en el Nuevo, que se arrepintieron de sus pecados, pues en la Biblia leemos: «Dios no

quiere la muerte del pecador...» *(Ez. 18,23,31)* y «hace como que no ve nuestros pecados por esperarnos a penitencia» *(Sab. 11,24,27); mas porque los hombres no hicieron caso, después de los avisos dados, por eso vinieron los castigos sobre ellos.*

Según iremos observando los muchos castigos que se nos revelan en la Biblia: rebeliones, guerras, hambres, diluvios de agua y fuego, enfermedades, pestes, muertes..., son efecto de los pecados de los hombres, y esto nos revela por una parte la gran santidad de Dios, y por otra la gran malicia que encierra el pecado. Muchos no quieren reconocer esta malicia, y creen que el pecado es invención de «los hombres de Iglesia». De ahí que Pío XII ya dijera en su tiempo: «El mayor pecado de nuestra época es que los hombres han comenzado a perder el sentido del pecado».

Dios es la suma santidad. «Nadie es santo como Yahvé» *(1 Sam. 2,2). Él reprueba el asesinato, el adulterio, el falso testimonio, el hacer mal a otros... y exige santidad a los que se acercan a Él:* «Sed santos, porque Yo vuestro Dios soy santo» *(Lev. 19,2).* «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» *(Mt. 5,48), es decir, en la medida que os es posible...*

«El nombre de Dios es santo y terrible» *(111,9), y dice el salmista, y éste sabe que en virtud de su santidad, perdona los pecados, cuando el culpable se arrepiente; pero sabe también que esta misma santidad le impele a castigarlos, cuando el hombre permanece impenitente (Sal. 99,8; 130,4). Si Dios, pues, castiga, es después de una paciente espera, con misericordia y justicia.*

El hombre tiene ante sí la vida y la muerte, el premio o el castigo. Lo que escoja, eso se le dará: «Si tenéis a Yahvé y le servís, y escucháis su voz y no sois rebeldes a sus mandamientos, bien será para vosotros; pero si no escucháis la voz de Yahvé y sois rebeldes a sus mandamientos, descargará su mano sobre vosotros...» *(1 Sam. 12,14-15).*

En el Nuevo Testamento se nos revela con claridad el misterio del pecado, pues ante el amor de Cristo crucificado, aparece como ofensa inconmensurable al Dios hecho hombre por amor al hombre.

Al terminar de leer este libro, reconoceremos que todo pecado es digno de castigo, y sacaremos como consecuencia ser fieles a la ley de Dios, para no pecar, porque, como nos dice San Juan: «El pecado es la transgresión de la ley de

Dios» *(1 Jn. 3,4), y detestando el pecado, confiemos en la misericordia infinita de Dios, ya que su deseo es el de perdonar siempre,* no queriendo la muerte del pecador, sino que se convierta y viva». *No en vano es el «Dios de los perdones».*

«Pero Tú eres el Dios de los perdones, clemente y compasivo, lento a la ira y rico en misericordia *(Neh. 9,17)*

Benjamín Martín Sánchez
Zamora, enero 1993

CASTIGOS DE DIOS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

En el comienzo de la creación

1

El castigo de los ángeles. En el Éxodo leemos: *«En seis días hizo Dios los cielos y la tierra, el mar y cuanto en ellos se contiene»* (20,11). Por estas palabras los intérpretes sagrados convienen en que los ángeles no fueron creados sucesivamente como las almas, sino todos en el primer día de la creación y en un mismo momento.

Los concilios IV de Letrán y el Vaticano I declaran: «Dios es el único principio de todas las cosas..., y este Dios único y verdadero por su bondad y virtud omnipotente, no para aumentar su propia dicha, ni para conseguirla, sino para manifestar su perfección por medio de los bienes que otorga a las criaturas, creó desde el principio de los tiempos por decisión libérrima, las dos

clases de criaturas, la espiritual y la corporal, es a saber, el reino de los espíritus angélicos y el mundo visible, y después al hombre compuesto de espíritu y cuerpo».

Los ángeles, seres espirituales e inmortales (Lc. 20,25-36) fueron creados por Dios para que le alaben, obedezcan y sean felices en el cielo (Is. 6,2-3; Sal. 103,20); mas antes de gozar de la visión beatífica, los sometió a una prueba, y unos se rebelaron contra Él, y *a los que pecaron, no los perdonó y los arrojó en el infierno* (2 Ped. 2,4). Los ángeles malos o demonios, «fueron creados buenos por Dios, pero se hicieron malos por su propia culpa» (Conc. IV de Letrán).

Hay, pues, ángeles buenos y ángeles malos o demonios. *Luzbel*, el ángel más bello, al rebelarse, quedó convertido en demonio, y él fue el capitán de todos los malos, y como veremos, fue el que tentó a nuestros primeros padres en el paraíso... (Sab. 2,24).

Y ¿a qué prueba sometió Dios a los ángeles? Diré con algunos teólogos que esta prueba consistió en que todos debían adorar al Verbo encarnado: «*Adórenle todos sus ángeles*» (Heb. 1,6), pero dejados llevar de su soberbia, por creerse superiores a Él, y por eso Dios los condenó a eterno suplicio.

El demonio recibe también los nombres de Diablo, Satanás, la antigua serpiente (Apoc. 12,9).

El por qué de este castigo es manifiesto, fue por desobedecer a Dios, por un pecado de soberbia y éste de pensamiento, y por él aquellos puros espíritus tan inteligentes quedaron convertidos en un tizón del infierno. ¿Qué será el pecado, cuán grande su malicia, cuando Dios así lo castiga? En la Biblia leemos: *«A los ángeles que pecaron, Dios no los perdonó, sino que fueron precipitados en el infierno»* (2 Ped. 2,4).

2

El castigo de nuestros primeros padres. Nuestros primeros padres, de los cuales procedemos todos los hombres (Hech. 17,26), fueron Adán y Eva. Dios los creó y adornó con la gracia santificante y con los dones de inmortalidad, dominio de las pasiones... y los colocó en un paraíso o jardín lleno de toda clase de árboles frutales, y allí llevaban una vida feliz.

En medio del paraíso estaba el «árbol de la ciencia del bien y del mal». Dios los puso a prueba diciéndoles: *«Podéis comer de todos los árboles del paraíso, tan sólo os está prohibido comer del fruto del árbol de la ciencia del bien*

y del mal; el día que de él comáis, moriréis» (Gén. 2,16,17).

Y ¿qué sucedió después? Satanás (el ángel que había sido convertido en demonio), envidioso de la felicidad del hombre, se valió de la serpiente, el más astuto de todos los animales, para engañar a Eva, diciéndole: *«De ninguna manera moriréis. Dios sabe que, el día que comáis vosotros de él, se os abrirán los ojos y seréis como Dios, y conoceréis lo que es el bien y lo que es el mal»* (Gén. 3,4-5).

Eva sucumbió a la prueba, comió de la fruta prohibida y se la dio a comer a su marido. Pecaron, y entonces «se les abrieron los ojos» no para adquirir mayores conocimientos o para ser como Dios, sino para reconocer su propia miseria y el engaño del demonio. Hay bienes que sólo se conocen cuando se pierden.

Por este pecado que fue de *desobediencia* con raíz en la soberbia (pues pecaron por querer ser como Dios), perdieron para sí y para sus descendientes el don de la gracia santificante y demás dones, quedando sujetos al trabajo penoso, al dolor y a la muerte.

El pecado de nuestros primeros padres se llama «original», para indicar que no lo cometimos nosotros personalmente, sino que lo here-

damos de Adán, «origen» del género humano.

Los efectos o consecuencias de este pecado, fueron muy grandes, pues Dios le dijo a Adán: *«Por ti —por tu pecado—, por haber comido del árbol, del que Yo te había prohibido, será maldita la tierra, con doloroso trabajo te alimentarás de ella todos los días de tu vida; te producirá espinas y abrojos, y comerás de las hierbas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra; pues de ella fuiste formado. Polvo eres y al polvo volverás»* (Gén. 3,17-19). El pecado original es causa de todos los males.

El por qué de este castigo fue por la desobediencia manifiesta al mandato de Dios. ¿Qué malicia tan grande tendrá este pecado cuando convirtió al mundo en un valle de lágrimas? Todo pecado es una gran ofensa a Dios, y por sus efectos podremos darnos una idea de su gran malicia.

El pecado de Adán tiene mucha semejanza con el del ángel caído. Ambos negaban la autoridad que correspondía a Dios sólo. Mas la sublevación del ángel fue definitiva e irreparable; la caída del hombre, en cambio será reparada por un Redentor misericordioso que vino a salvarnos.

3

El castigo de Caín. Adán y Eva tuvieron muchos hijos e hijas. La Biblia empieza hablándonos de Caín y Abel. En una ocasión ambos hermanos ofrecían sacrificios al Señor en acción de gracias por sus beneficios. Abel ofrecía los primogénitos de su ganado, y Caín frutos de la tierra. El Señor miró con agrado a Abel y a sus ofrendas; mas no así a Caín y a las suyas. Por lo cual se llenó Caín de envidia y se irritó sobremanera y se le alteró el semblante. (El agrado de Dios sobre las ofrendas de Abel y el desagrado sobre las de Caín, se manifestó sin duda en el fuego que Dios envió del cielo, que consumía la ofrenda de Abel, mientras que la de Caín no se quemaba).

Entonces el Señor habló a Caín diciéndole: *¿Por qué te enciendes en cólera y se tuerce tu semblante? Si tú obrases bien, serías tan grato a mis ojos como tu hermano, pero obras mal, y así te vendrá el castigo. Si obras mal, el pecado estará en acecho en la puerta de tu casa con deseo de dominarte, pero tú debes dominarlo.*

Caín no hizo caso del Señor, y alimentó la envidia y la cólera en su corazón. Cierto día se presentó amistosamente delante de su hermano,

y le dijo: Ven, salgamos juntos al campo. El inocente Abel fue con él sin figurarse nada malo. Cuando estuvieron en el campo, se precipitó Caín sobre su hermano Abel y lo mató. (Caín creyó que nadie lo veía, pero Dios que está presente en todas partes lo vio).

Entonces dijo el Señor a Caín: *«¿Dónde está tu hermano Abel?»* (Con esta pregunta quería que Caín confesase su maldad sinceramente y se arrepintiese y Dios entonces lo hubiese perdonado y mitigado su castigo); pero Caín contestó altanero y con descaro: *«No lo sé. ¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano? Y el Señor le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mí desde la tierra»*.

Castigo de Caín. *«Ahora, pues, maldito serás de la tierra que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano. Cuando labres el campo no te dará frutos, errante y fugitivo andarás sobre la tierra»*.

La insolente terquedad de Caín se convirtió en desesperación, creyó no poder hallar ya perdón y desesperó de la misericordia de Dios y quería huir de su presencia a quien ha ofendido gravemente, y teme que los demás le maten como él mató a su hermano. (Como desde la expulsión de los primeros padres del paraíso habían pasado

ya unos 120 años, había ya bastantes hombres en la tierra.)

Dios dijo entonces: *«Quien mate a Caín será siete veces vengado»*. Dios quiere conservar la vida del asesino de su hermano, para que sirviera de escarmiento a los demás hombres.

El por qué de este castigo es manifiesto como en los demás pecados. Todos los pecados son dignos de castigo, y el crimen de Caín y primeramente su envidia u odio por la felicidad de su hermano, acarrearon sobre él la maldición de Dios, y atormentado por su mala conciencia, el fratricida pasó una vida miserable, día y noche se le representaba la imagen de su hermano muerto, y andaba errante y fugitivo sin alegría y sin consuelo.

El evangelista San Juan nos dice: *«Como Caín era del maligno mató a su hermano. Y ¿por qué lo mató? Porque sus obras eran malas y las de su hermano eran justas»* (1 Jn. 3,12).

4

Los diluvios de agua y de fuego

1) **El diluvio de agua**. Otro de los hijos de Adán fue Set, el que Dios le concedió en lugar de

Abel. Los descendientes de Set fueron llamados «hijos de Dios», y éstos se juntaron con las «hijas de los hombres», o sea, con mujeres de la raza de Caín, que fueron impíos, y luego se hicieron impíos como ellos. Se multiplicaron grandemente, concertaron matrimonio entre ellos y se dejaron arrastrar con su trato y ejemplo de su modo de vivir en libertinaje y en el olvido de Dios, de manera que la impiedad fue creciendo y acabó siendo general.

Viendo, pues, Dios que era mucha la malicia del hombre sobre la tierra, lleno de indignación, dijo: *«Borraré al hombre a quien creé de sobre la faz de la tierra...»*. Mas en medio de aquella impiedad, vivía Noé, varón santo y justo, el cual halló gracia delante del Señor, al que le mandó hacer un arca en forma de barco...

La Biblia dice que por ser mucha la maldad de los hombres y siempre tendían al mal *«se arrepintió de haber creado al hombre»* (esta es una locución antropológica en la que se pondera la enormidad de la corrupción del género humano y la gran injuria hecha a Dios), y *«determinó exterminar a los hombres»* (Gén. 6,5-7) con el diluvio.

Dios, en medio de su justa indignación, usa de misericordia. En atención al justo Noé, quiere

destruir completamente el género humano; más aún, da un plazo de tiempo para que los hombres se conviertan, mientras Noé fabricaba el arca, como más tarde daría a Nínive el plazo de cuarenta días para convertirse y no ser destruida (Jn. 3,4), durante los cuales años Noé no cesó de predicar (2 Ped. 2,5), que hicieran penitencia; pero los hombres no escuchaban su voz, y sólo pensaban en comer y beber y celebrar bodas...

Construida el arca, Dios mandó que entrara él en ella con todos los suyos (que eran su mujer, sus tres hijos: Sem, Cam y Jafet con sus tres mujeres, en total 8 personas), y pusiera en ella un par de cada clase de animales y, además, alimento con que vivieran ellos y los animales.

Una vez que empezó el diluvio, los hombres se vieron en gran angustia, y treparon a las montañas pero todo en vano, pues las aguas llegaron hasta quince codos sobre las más altas montañas. Sólo se salvó Noé y los que con él estaban en el arca. Dios castigó al mundo, pero sin renunciar a su plan de amor a los hombres... De una familia justa, que se reservó, nació una nueva humanidad.

¿Cómo fue el diluvio, y por qué este gran castigo? Dios mandó este castigo *«porque la tierra estaba llena de maldad»* y sus pecados

eran grandísimos y clamaban contra ellos. Este diluvio que llamamos «diluvio universal» se extendió solamente a Mesopotamia y regiones adyacentes, es decir, fue «antropológicamente universal, pero no geográficamente», lo que quiere decir que se extendió a una parte de la tierra en la cual habitaban entonces los hombres, de forma que todos ellos, excepto Noé y su familia, perecieron.

5

2) **El diluvio de fuego. El castigo de Sodoma y Gomorra.** Un día de calor, sentado Abraham en la entrada de su tienda y a la sombra de un árbol, vio aparecer a lo lejos a tres forasteros, y acostumbrado a la hospitalidad, se adelantó hacia ellos y los invitó a comer para que reparasen sus fuerzas.

Antes de marcharse los tres viajeros, uno de ellos dijo a Abraham: *«Volveré a verte dentro de un año, y Sara, tu mujer, tendrá ya un hijo, al que le darás el nombre de Isaac».*

Abraham conoció que Dios mismo, en forma de peregrino, acompañado de dos ángeles, había estado en su casa. Abraham acompañó a los tres peregrinos un gran rato hasta cerca de

Sodoma, y siguiendo Abraham en pie delante del Señor, se entabló un diálogo en el que Dios le dice que piensa destruir las cinco ciudades de Pentápolis por sus enormes pecados. En Sodoma y Gomorra dominaban la soberbia, la intemperancia y, sobre todo, una impureza o deshonestidad abominable. Los ángeles llamaron a Sodoma *«la ciudad malvada»*.

El Señor le dijo: *«Voy a exterminar estas ciudades porque los pecados de Sodoma y Gomorra han llegado a su extremo y claman venganza»*. Mas Abraham se interpone, porque amaba a sus semejantes, a pesar de ser tan culpables, y le responde:

«¿Por ventura vas a destruir al justo con el impío? Quizás haya cincuenta justos en aquella ciudad. ¿Acaso destruirás y no perdonarás al lugar por los cincuenta justos que se hallaren en él? ¡Lejos de Ti obrar de esta manera, que hagas morir al justo con el impío y que aquél sea tratado como éste! ¡Lejos de Ti! ¿Acaso el Juez de toda la tierra no ha de hacer justicia? Y díjole el Señor: Si hallare en la ciudad de Sodoma cincuenta justos, perdonaré a todo el lugar por amor a ellos.

E insistió Abraham diciendo: Excusad el atrevimiento que me tomo de hablar al Señor, yo

polvo y ceniza... ¿y si se encontrasen sólo cuarenta y cinco justos..., y si fueran sólo cuarenta..., treinta... y si se encontraran allí diez?... (Gén. 18,24-42).

El Señor le contestó que perdonaría estas ciudades si hallase en ellas diez justos; pero ni siquiera ese pequeño número de justos se pudo hallar. Mucho suplicó Abraham en favor de aquellos habitantes, pero por no haber diez almas que orasen, perecieron aquellas ciudades. ¡Cuánto vale la oración de las almas justas!

Los ángeles, por mandato del Señor, sacaron de aquella ciudad a Lot con su mujer y sus dos hijas, e hizo llover sobre las ciudades impías fuego y azufre que las redujo a cenizas juntamente con sus habitantes.

La mujer de Lot, que volvió la vista atrás, sin duda por apego a las riquezas materiales que allí dejaba, desobedeciendo así el mandato del ángel, murió y quedó convertida en estatua de sal.

En donde estaban antes las ciudades nefandas, hállase ahora el Mar Muerto, o sea, un gran lago de aguas salobres y sulfurosas; monumento permanente del castigo de Dios provocado por los crímenes de los hombres».

El por que´de este gran castigo, ya queda dicho con estas palabras del Señor: *«Porque los*

pecados de Sodoma y Gomorra han llegado a su extremo y claman venganza».

6

Castigo de los egipcios

Los hijos de Jacob, o sea, los israelitas, se establecieron en Egipto por medio de José, cuya historia se nos narra en el Génesis, en el capítulo 37 y en el 39 y siguientes.

En Egipto se multiplicaron mucho. Más tarde, cuando ya había muerto José y sus hermanos, reinó en Egipto un faraón que nada sabía de ellos. Como el pueblo crecía más y más, los egipcios los temieron porque se hacían más numerosos que ellos, y los israelitas fueron tratados y sometidos a duros trabajos y gran esclavitud.

Dios hizo que surgiera un libertador. Este fue Moisés, cuya vida se nos narra al comienzo del Éxodo. Cuando fue mayor, estando en el campo, Dios se le apareció en medio de una zarza que ardía sin consumirse, y le dijo:

«He visto la aflicción de mi pueblo en Egipto, he oído el clamor que le arranca su opresión y conozco sus angustias... Ve, pues, Yo te envío al

faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel, de Egipto» (Ex. 3,7 ss).

Moisés cumplió su misión obedeciendo la orden del Señor. En aquella ocasión Dios le reveló su nombre: *«YO SOY (Yahvé) ''el que es''»* (el ser por esencia del que dependen todos los seres de la creación...).

Moisés, acompañado de su hermano Aarón, se presentó al rey, pero éste no dejó salir a su pueblo, al contrario, lo oprimió con trabajos cada vez más pesados. El faraón, abusando de la libertad que Dios le había dado, se obstinó y mereció que Dios le castigase con endurecimiento y ceguedad de corazón.

Entonces Dios castigo al rey y a su pueblo con terribles plagas. Éstas fueron diez, que pueden verse descritas en el Éxodo (7-10), y a través de ellas Dios manifestó su poder, a fin de salvar a su pueblo. La última fue la muerte de los primogénitos de Egipto, tanto de hombres como de animales, e incluso el hijo del faraón. Aterrorizado éste por la última plaga, dejó salir del país a los israelitas. Estos partieron gozosos; pero cuando ya estaban para llegar al Mar Rojo, vieron que muy pronto se arrepintió el faraón, y que los perseguía nuevamente.

Entonces Dios intervino para salvar a su

pueblo y dijo a Moisés: *«Alza tu cayado y tiende el brazo sobre el mar y divídelo, para que los hijos de Israel pasen por medio del mar a pie en seco...»* (Ex. 14,16 ss.).

Los israelitas pasaron entre las aguas que formaron una muralla a derecha e izquierda, y el ejército del faraón que los perseguía fue sepultado en el mar al hacer Dios que volvieran a su cauce.

El castigo de los egipcios. La muerte de los primogénitos de Egipto fue un castigo de Dios por la obstinada incredulidad y desobediencia del faraón y su pueblo, manifestando el Señor de este modo su justicia. No hubiese acontecido este castigo tan horrible, si el faraón movido por las plagas anteriores que eran más benignas y como aviso, hubiese mudado de sentimientos.

Además este castigo fue por el pecado de idolatría de los egipcios. Así se nos dice en el libro de la Sabiduría: *«Y en castigo de las ideas locas de su iniquidad, con que extraviados, adoraban reptiles irracionales y viles bestias irracionales, para que conocieran que por donde uno peca, por ahí es atormentado»* (11,16-17).

También el espantoso fin del faraón fue un castigo por su obstinación y tenaz resistencia a la

gracia de Dios; con él fue sepultado su pueblo pereciendo en el mar con su ejército.

El por qué del castigo, aparece claro, pues ellos perecieron por sus pecados, mientras que el pueblo de Israel oprimido por clamar a Dios fue liberado y salvo.

7

Castigo de los israelitas en el desierto

1) **El castigo por adorar el becerro de oro.** Moisés subió al monte Sinaí y permaneció allí cuarenta días y cuarenta noches. El Señor hablaba con Moisés y le dio dos tablas de piedra, en las que estaban grabados los diez mandamientos. Mas el pueblo, al ver que Moisés tardaba en bajar del monte, dijeron a Aarón: «*Haznos dioses, como los tienen los egipcios...*».

Para frustrar los propósitos de idolatría de los israelitas, les dijo Aarón: «*Traedme aquí los pendientes de oro de vuestras mujeres e hijas*». Contra todo lo que era de esperar, se los llevaron los israelitas, y Aarón, no atreviéndose, por miedo culpable, a oponerse a sus deseos, fundió los pendientes, formó un becerro y le edificó un altar. Los israelitas ofrecieron sacrificios al bece-

rro de oro: comían y bebían, jugaban y bailaban, a manera de los paganos.

Cuando, al descender del monte, vio Moisés aquella abominación se encolerizó y arrojó las dos tablas de la ley, las cuales se quebraron. Entonces tomó el becerro, lo hizo pedazos y lo redujo a polvo. Después mostró a Aarón su pecado.

El castigo por este gran pecado de idolatría fue éste: Moisés llamó a los hijos de la tribu de Leví, a los que en su mayor parte se habían abstenido del culto idolátrico, y les dijo que tomasen sus espadas y fuesen por medio de los campamentos de las diversas tribus y mataran a cuantos encontrasen dando culto a los dioses, y así lo hicieron, dejando muertos en aquel día unos tres mil del pueblo.

8

2) **El castigo de los exploradores y de los murmuradores contra Dios.** A los dos años de la salida de Egipto se apartaron los israelitas del monte Sinaí, y continuaron su camino. Moisés escogió doce hombres, entre ellos Josué y Caleb, para que fuesen a explorar la tierra de Canaam y le trajeran noticias. Al cabo de cuarenta días re-

gresaron los exploradores con frutos de aquella tierra: un racimo de uvas de tamaño prodigioso, que lo llevaron dos hombres en un palo, higos y granadas. Ellos dijeron: *Realmente aquel país mana leche y miel; pero lo habitan moradores con grandes ciudades rodeadas de murallas. Hemos visto en ellas gigantes, y a su lado éramos nosotros como langostas».*

Murmuraciones del pueblo. Oyendo el pueblo tan tristes noticias, murmuraron contra Moisés y Aarón, diciendo: *«¡Ojalá hubiéramos muerto en Egipto, o a lo menos pereciésemos en este desierto!».*

En vano decían Josué y Caleb, que también habían recorrido el país: *«La tierra es muy buena. No temáis a sus habitantes, pues el Señor está con nosotros».* Pero el pueblo quería apedrearlos y gritaban cada vez con más fuerza: *«¡Volvamos, volvamos a Egipto!».*

El castigo de Dios. Entonces la nube del Señor que cubría el tabernáculo, se mostró amenazadora; y el Señor dijo a Moisés: *«¿Hasta cuándo habré de sufrir, que este pueblo infiel blasfeme mi nombre? ¿Hasta cuándo no me ha de creer después de tantos prodigios como he hecho delante de él? Los exterminaré, y a ti te haré caudillo de un pueblo más grande y más fuerte que ese».*

Moisés, el más apacible de los hombres, intercede por el pueblo diciendo: *«Perdona los pecados de este pueblo según tu gran misericordia»*. El Señor contestó: *«A tus ruegos perdonaré, pero sucederá al pueblo lo que ha deseado. En esta soledad yacerán sus cadáveres. Ninguno de los que han murmurado contra mí, llegará a la tierra prometida fuera de Josué y Caleb. Pero haré que lleguen vuestros hijos* (que entonces tuviesen menos de veinte años), *los cuales andarán vagando por el desierto cuarenta años* (uno por cada día que duró la exploración), *hasta que sean consumidos los cadáveres de sus padres.*

Y en el mismo momento, los exploradores que había enviado Moisés para que reconociesen el país, causantes de que el pueblo murmurase, murieron repentinamente.

9

3) **Rebelión y castigo de Coré, Datán y Abirón...** Algún tiempo después se rebelaron contra Moisés y Aarón, movidos de ambición, 250 levitas, hombres notables, capitaneados por Coré, Datán y Abirón, diciendo: *«Toda la multitud es de santos* (todos estamos llamados al ser-

vicio del Señor, no necesitamos un sacerdocio especial, y por tanto Moisés y Aarón no son más que nosotros), *¿por qué os eleváis sobre el pueblo del Señor?»*.

Cuando Moisés oyó esto, se postró en tierra en su presencia, y dijo a la turba de los rebeldes: *«Os ha concedido el Señor que sirváis en el tabernáculo. ¿Para qué queréis usurpar el sacerdocio y amotinaros contra el Señor, si nos ha elegido o no?»*.

Al día siguiente, cuando los 250 estaban ya a la puerta del tabernáculo, los tres caudillos de la rebelión permanecían aún en sus tiendas. Moisés los mandó llamar, y ellos contestaron: *«No queremos ir»*. Entonces fue Moisés con Aarón a sus tiendas, y dijo al pueblo: *«Apartaos de las tiendas de esos impíos, y no toquéis nada de lo que les pertenece, para que no seáis envueltos en su pecado. Cuando la tierra abra su seno para tragarlos, conoceréis bien claro que el Señor nos ha enviado»*.

Dicho esto, se abrió repentinamente la tierra debajo de los pies de los tres rebeldes, y se los tragó juntamente con sus tiendas y cuanto poseían.

Al mismo tiempo vino fuego del tabernáculo, que dejó muertos a los 250 hombres, que se habían rebelado contra Moisés y Aarón.

10

4) **Nuevos castigos a infractores de la ley.** Al ver la severidad con que Dios castigaba a los infractores de la ley, es para que nos demos cuenta de la necesidad de imponer respeto a los mandamientos de Dios, y especialmente a aquel pueblo tan engreído tan dispuesto a rebelarse.

—Castigo del blasfemo. Cierto día presentaron a Moisés un israelita que había blasfemado del nombre del Señor. Entonces Moisés consultó a Dios qué debería hacerse, y le ordenó que el blasfemo fuese sacado del campamento y apedreado. *«Quien blasfeme el nombre de Dios, muera irremisiblemente, y toda la asamblea le apedreará»* (Lev. 24,14-16)-

—Castigo del violador del día festivo (entonces el sábado). Igualmente otro israelita fue castigado con la muerte, porque un sábado fue a recoger leña en el desierto (Núm. 15,32-36).

—Un nuevo castigo. Nadad y Abiú, hijos de Aarón, fueron abrasados por las llamas que salieron del altar, por dar culto en forma caprichosa, no ordenada por Dios (Lev. 10,1-3).

El por qué de los castigos de Dios. Como podemos observar, es siempre por los pecados de los hombres, por no cumplir sus mandamien-

tos, pues «*Pecado es la transgresión de la ley de Dios*» (1 Jn. 3,4).

Advertencia. El Señor, para animar a su pueblo a la obediencia, hizo numerosas *promesas* a los que observasen fielmente sus mandamientos (entre otras fertilidad del país, sembrarían poco y recogerían mucho, vendrían las lluvias a su tiempo, tendrían paz y una mayor intimidad con Dios); y también les hizo *grandes amenazas* contra los que no las cumplieran (éstos sembrarían mucho y recogerían poco, tendrían grandes sequías, vendría sobre ellos el hambre, la enfermedad y derrotas vergonzosas en la guerra, etc.)... (Véanse Lev. 26; Dt. 28.

11

Conquista de la tierra de Canaam

Castigo de los cananeos. Dios había prometido a Abraham que sus descendientes poseerían la tierra de Canaam. Al leer el libro de Josué algunos se admiran de cómo en la conquista emprendida por él fueran tan crueles aquellas guerras que dieran al anatema a ciudades enteras y mataran a hombres, mujeres y niños.

Para juzgar de la crueldad de aquellas guerras hemos de tener presente: las costumbres bárbaras de aquella época, la idolatría y los vicios torpísimos de los cananeos y la justicia del

castigo de Dios, que tiene derecho a castigar y porque no quería ver pervertido a su pueblo (Dt. 7,4-7; 9,4-5; 12,30)-.

Una explicación clara la tenemos en el libro de la Sabiduría (cap. 12) y sacaremos en consecuencia que Dios los va castigando poco a poco para darles tiempo a penitencia.

Señor, *«en todas las cosas está tu espíritu incorruptible. Y por eso corriges poco a poco a los que caen, y a los que pecan los amonestas, despertando la memoria de su pecado, para que, apartándose de la maldad, crean, Señor, en Ti. Y porque aborrecías a los antiguos habitantes de tu Tierra Santa, que practicaban obras detestables de magia, ritos impíos, y eran crueles asesinos de sus hijos, que se daban banquetes con carne humana y se iniciaban en orgías.*

A esos padres, asesinos de seres inocentes, determinastes perderlos por mano de nuestros padres. Para que recibiese una digna colonia de hijos de Dios esta tierra, ante Ti la más estimada de todas. Pero a éstos como a hombres los perdonastes, y enviaste tábanos como precursores de tu ejército, para que poco a poco los exterminaran... Pero castigándolos poco a poco les diste lugar a penitencia, no ignorando que era el suyo un origen perverso, y que era ingé-

nita su maldad, y que jamás se mudaría su pensamiento.

Que era semilla maldita desde su origen, y no por temor de nadie dilataste el castigo de sus pecados. Pues, ¿quién te dirá: por qué haces esto, o quién se opondrá a tu juicio, o quién te llamará a juicio por la pérdida de naciones que Tú hiciste, o quién vendrá a abogar contra Ti por los hombres impíos? Que no hay más Dios que Tú, que de todo cuidas, para mostrar que juzgas injustamente. Y no hay rey ni tirano que te pueda pedir cuentas de tus castigos.

Siendo justo, todo lo dispones con justicia y no condenas al que no merece ser castigado, pues lo tienes por indigno de tu poder».

El por qué de este castigo. ¿Quién no ve que fue por los pecados torpísimos de los mismos cananeos?

12

Época de los Jueces y de los Reyes

1) **Los Jueces**. Los israelitas debían haber conservado una gratitud íntima al Señor por la hermosa tierra que les había dado, pero no fue así. Se dejaron engañar por los gentiles, contra-

jeron alianzas matrimoniales con ellos, y poco a poco cayeron en los vicios y en la idolatría. Entonces el Señor les habló así: *«Porque habéis contraído amistades con los idólatras, ellos serán vuestros enemigos»*, y los entregó al poder y violencia de los moabitas, de los medianitas y de los filisteos; pero al verse esclavos y oprimidos de estos pueblos, en su angustia se acordaban del Señor y le imploraban diciendo: *«Hemos pecado contra Ti»*, y Dios en su misericordia, oía los lamentos de los oprimidos, y suscitaba hombres llenos de fe y de valor, que los librasen del yugo de sus opresores.

Entre los Jueces más distinguidos están Gedeón, Sansón, Helí y Samuel, que fueron librando a los israelitas de sus enemigos, que los tenían esclavos, y sucedía que, olvidando bien pronto lo que habían prometido al Señor, tornaban a caer en la idolatría y acumulaban nuevos pecados sobre los antiguos. En tal estado los sufrió el Señor por espacio de cerca de trescientos años.

El por qué de estos castigos es siempre el mismo, porque pecaban contra su Dios, pues se apartaban de Él y se entregaban a adorar los falsos dioses...

13

El castigo de Dios sobre el pueblo, Helí y sus hijos

Helí tenía dos hijos sacerdotes: *Ofny* y *Fines*. Eran hombres perversos, que desconocían a Yahvé y las obligaciones de los sacerdotes para con el pueblo. Con su codicia y relajación de costumbres escandalizaban a todos. Helí, les dijo:

«¿Por qué vosotros hacéis tales cosas y tan malas? Pues todo el pueblo habla de ellas. No, hijos míos, porque es malo lo que de vosotros oigo. Vosotros estáis diciendo que el pueblo se aparte de Él. Pensad que sois intercesores ante Dios, y si un hombre peca, ofendiendo a Dios, ¿quién podrá interceder por él?» (1 Sam. 2,23 ss).

Helí dio buen consejo a sus hijos, pero lo hizo débilmente y ellos no hicieron caso a sus oportunas advertencias. Y por no reprenderles severamente, un profeta de parte de Dios, le amenazó a Él con los más terribles castigos si no ponía término a las profanaciones de los culpables. Le faltó valor para hacerlo, y por eso el castigo que Dios le reservaba para él y para sus hijos, según se lo anunció Samuel, cayó sobre ellos, especialmente sobre Ofní y Finés.

14

2) **Época de los reyes de Israel**. A los Jueces sucedieron los Reyes. Estos fueron Saúl, David y Salomón.

—**Saúl**, por su pecado de desobediencia, Dios lo rechazó y terminó mal.

—**David**, que fue grande por su cualidad de rey, fue también hombre pecador. No supo defenderse contra las tentaciones y cometió, uno tras otro, dos grandes pecados, y aunque se arrepintió haciendo penitencia y Dios lo perdonó, tuvo que aceptar la expiación de su pecado y los castigos anunciados que no se apartarían de su casa: la muerte del hijo de su pecado, la rebelión de su hijo Absalón, y más tarde por sus pecados y los del pueblo, con motivo del censo, morirían setenta mil de sus súbditos...

—**Salomón**, después de la gloria que le dio la construcción del templo, decayó en los últimos años pues se dejó pervertir por las mujeres idólatras y fue causa de que el reino de Israel se dividiera en dos: el reino de Israel y el de Judá, los cuales fueron apartándose de Dios para entregarse a la idolatría.

Dios suscitó profetas en estos reinados y *«por hacer lo malo a los ojos de Dios»* y no hacer caso

de sus anuncios, les predijo grandes castigos, y con toda claridad, el destierro, y así se lo hizo saber el profeta Jeremías: *«Todo este país será una desolación y un desierto, y esta población servirá al rey de Babilonia setenta años»* (25,11).

15

Los reyes de Israel fueron todos malos desde el punto de vista religioso, y los del reino de Judá, a excepción de algunos que fueron verdaderamente fieles a los mandamientos de Dios (como Asá, Josafat, Ezequías, Josías...), dejaron mucho que desear.

El que lea la Biblia reconocerá la maldad sobre todo de Jeroboán, Ajab y su mujer Jezabel, reyes de Israel y los castigos que les sobrevinieron, e igualmente los grandes pecados de Joran, Ocozías, Atalía, Joás, Ocozás y Acaz, reyes de Judá... A todos estos dos reinos les mandó Dios profetas, que les recordaban su grande amor y su mal comportamiento y les invitaban a la conversión y por no hacerles caso, por eso los del Norte o reino de Israel fueron llevados cautivos a Nínive (Asiria), y los de Judá a Babilonia, donde sufrieron el destierro de los setenta años anunciados. (Uno de los grandes castigos fue el de la muerte

de 185.000 asirios mandados por su rey Senaqueric contra Ezequías, rey de Jerusalén. Dios los humilló por sus grandes blasfemias; 2 Rey.18).

El por qué de estos castigos: Así lo leemos en la Biblia: Fue *«por orden del Señor, a causa de todos los pecados que habían cometido»* (2 Rey. 24,3)., *porque habían pecado contra Yahvé, su Dios* (2 Rey. 17,6-7). Ahora también presenciamos crímenes, guerras, grandes castigos sobre el mundo, y el origen de todos ellos, no lo dudemos, es el pecado.

Oigamos ahora algunas palabras de Dios, dichas por medio de los profetas, las cuales nos revelan los avisos amorosos del Señor, cómo quería que se convirtiesen a Él, y les duele su mala conducta:

«¡Oid cielos! y tú ¡tierra, escucha! ¡Que habla el Señor! He criado hijos y los he engrandecido, mas ellos se han rebelado contra Mí.

El buey conoce a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero mi pueblo no me conoce, no tiene inteligencia... ¡Ay de ti, nación pecadora, pueblo cargado de culpa, raza de malvados, hijos corrompidos! Han abandonado al Señor... Vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, limpiaos, quitad de ante mis ojos la iniquidad de

vuestras acciones... Dejad de hacer el mal, aprended a hacer el bien... (Is. 2,4,16 ss.).

Dios los invita a la conversión: «*Vuélvete, rebelde Israel, dice el Señor... No apartaré mi rostro de vosotros, porque soy misericordioso. No estaré airado eternamente... Volved, hijos rebeldes. Yo curaré vuestras rebeldías... Si quitas delante de Mí tus abominaciones, no andarás más errante*» (Jer. 3,12 ss).

16

La justicia y la misericordia en el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento apenas aparecen castigos directamente por el pecado, fuera de algunos pocos, como son:

1) **La muerte repentina de Ananías y Safira**, que por una mentira cayeron muertos ante el apóstol San Pedro (Hech. 5).

2) **El castigo de Elimas**, el mago, que se oponía al apóstol Pablo, procurando apartar al procónsul Sergio Paulo de la fe, y por eso el apóstol le dijo: «¡Oh lleno de todo engaño y de toda maldad, hijo del diablo!... Ahora mismo sobre ti está la mano del Señor, quedarás ciego

sin ver el sol hasta cierto tiempo, y al instante cayeron sobre él tinieblas y oscuridad, y dando vueltas buscaba quien le condujese de la mano (Hech. 13).

3) **El castigo de Herodes**, a quien un ángel del Señor le hirió, por no haber dado gloria a Dios y por sus pecados, y comido de gusanos, expiró (Hech. 12,22 ss.).

Los apóstoles hicieron muchos milagros y predicaron al igual que Jesús invitando a la conversión. San Pablo nos dice: *«Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores, de los cuales el primero soy yo. Pero por esto, precisamente conseguí misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero., su inmensa paciencia, para ejemplo de los que habían de creer en Él para la vida eterna»* (1 Tim. 1,15-16).

17

La conducta de Jesucristo

Jesucristo, el Dios hecho hombre, que vino a salvarnos, es la suma misericordia, pues no aparece en su Evangelio condenando, sino invitando a los pecadores a la detestación del peca-

do, y en los siguientes ejemplos se nos pone de manifiesto su misericordia:

—**A la mujer adúltera**, cuando sus acusadores se marcharon, y quedó sola, la suma miseria frente a la suma misericordia, como dice San Agustín, al decirle Jesús: *Mujer, ¿nadie te ha condenado?* Ella con la cabeza baja y ruborizada contestó: *Nadie Señor. Entonces Jesús le dijo: Yo tampoco te condeno: vete y no vuelvas a pecar»* (Jn. 8,2-11).

—**A la mujer samaritana**, a la que Jesús, estando Él sentado junto al pozo de Jacob, al hacercarse ella a sacar agua, le dijo: *«Dame de beber»*. Ella extrañada que un judío se lo pidiera (pues judíos y samaritanos no se podían ver), entonces se entabla el diálogo, y Jesús le dice: *«Si supieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber...»*. Jesús le habla del don de la gracia... y terminó revelándole lo que había en su interior, sus pecados... Entonces ella admirada, le reconoce como Mesías y cambia de vida, siendo apóstol de sus paisanos. Samaría, después de Jerusalén, fue la primera ciudad en la que se formó una comunidad numerosa de cristianos (Hech. 8 (Jn. 4).

—**A la Magdalena**, de la cual arrojó siete demonios, la vemos arrepentida de su mala vida...,

y se le perdonaron sus muchos pecados, porque amó mucho. (Mc. 16,9; Lc. 7,47).

De la misericordia de Dios nos hablan sus parábolas, especialmente las del hijo pródigo, de la oveja perdida, etc. (Lc. 15).

18

Jesucristo, el santo por excelencia, *el que no conoció pecado* y pudo retar a sus enemigos: *«¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?»* (Jn. 8,46), es *el que quita el pecado del mundo* (Jn. 1,19), el que nos habló de su malicia al decirnos: *«El que comete el pecado es esclavo del pecado«* (Jn. 8,34).

Jesús quiere que no lo cometamos, y así dijo al paralítico curado y perdonado: *«Has sido curado, no peques más para que no te suceda algo peor»* (Jn. 5,14).

Él nos invita al arrepentimiento y nos dice: *«Si no os arrepentís, si no hacéis penitencia, todos pereceréis igualmente...»* (Lc. 13,3). Y nos enseña cómo hemos de conquistar el cielo, *yendo por el camino estrecho, porque el camino de la perdición es ancho y son muchos los que se pierden* (Mty. 7,13-14), y nos dice claramente:

«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos» (Mt. 19,17).

19

El gran misterio de la Redención humana

La Biblia es la historia de la Redención del hombre por Dios hecho hombre. Si hay redención es que ha habido pecado, y ciertamente, como hemos expuesto, el pecado aparece en casi todas las páginas de la Biblia: *Desobediencia* (Gén. 3,11 ss); *homicidio* (Gén. 4,8); *corrupción e iniquidades* (Gén. 6,12-13); *orgullo* (Gén. 11,4); *injuria e impurezas* (Gén. 18,20); *idolatría* (Ex. 32,8); *injusticias* (Amós, 5,12); *fraude* (Miq. 6,11); *traición* (Jer. 2,13); *negaciones, blasfemias* (Hech. 3,13); *recaídas en los bautizados* (Hech. 6,4-6). Todos han pecado (Rom. 3,22-24).

Jesucristo vino a hacer la redención, a librarnos y purificarnos del pecado. *«Él que no conoció el pecado, cargó con los pecados de todos»* (2 Cor. 5,21). *«Él es propiciación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo»* (1 Jn. 2,2). *«En Él tenemos la redención y la remisión de los pecados»* (Col.

1,13-14). *Jesucristo vino a salvar a los pecadores* (1 Tim. 1,15).

¿Cómo es posible que un Dios se haga hombre para sufrir y morir por nosotros? Este misterio sólo se explica a la luz de la infinita misericordia de Dios, revelada en la Escritura: *«Me amó y se entregó a la muerte por mí»* (Gal. 2,20).

Si Cristo murió por todos y por cada uno en particular, su amor singular y universal está pidiéndonos correspondencia amorosa, arrepentimiento con promesa firme de no volver a pecar.

20

Conozcamos y amemos a Jesucristo

Jesucristo es la figura central de la Biblia y de la historia. En Él convergen todas las profecías. Su vida fue escrita ya por los profetas siglos antes de que Él apareciera como hombre en el mundo. Jesucristo es Dios, como lo demostró con sus palabras y con sus obras o milagros, especialmente con el de su resurrección, demostrando así que Él era dueño de la vida y de la muerte.

—*Jamás persona alguna ha hablado como este hombre* (Jn. 7,46).

—*Todos los que le oían se maravillaban de su sabiduría y de sus respuestas* (Lc. 2,47).

—*Su fama se extendía más y más y venían muchas gentes a oírle y a que los curase de sus enfermedades* (Lc. 5,15).

—*El es verdaderamente el Salvador del mundo* (Jn. 4,22).

—*Pasó haciendo bien y curando a todos* (Hech. 10,38).

San Pedro dijo de Él: «*Tú eres el Hijo de Dios vivo... Tú tienes palabras de vida eterna* (Jn. 6,68).

Y hasta Judas y Pilato reconocieron su inocencia. Y así dijo Judas: «*He pecado entregando la sangre del Justo* (Mt. 27,4), y Pilato: «*Yo no hallo en éste ningún crimen*» (Jn. 18,38).

Jesucristo dijo de sí mismo: «*Yo soy el Mesías*» (Jn. 4,26). *Yo soy Rey* (Jn. 18,35). *Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas* (Jn. 8,2). *Yo soy el camino, la Verdad y la Vida* (Jn. 14,6).

Yo he venido para que las almas tengan vida y la tengan abundante (Jn. 10,10).

Tengamos siempre presente que «*en Él tenemos la redención y la remisión de nuestros pecados*» (Col. 1,13-14). A Él sea dado el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

INDICE

Presentación 3
Castigo de Dios en el Antiguo Testamento 7
En el comienzo de la Creación 7
El castigo de los Ángeles 7
El castigo de nuestros primeros padres ... 9
El castigo de Caín 12
Los diluvios de agua y de fuego 14
El diluvio de agua 14
El diluvio de fuego 17
El castigo de Sodoma y Gomorra 17
El castigo de los egipcios 20
Castigo de los israelitas en el desierto 23
El castigo de los exploradores y de los murmuradores contra Dios 24
Rebelión y castigo de Coré, Datán y Abirón 26
Nuevos castigo a infractores de la ley 28
Conquista de la tierra de Canaan 29
Época de los Jueces y de los Reyes 31

El castigo de Dios sobre el pueblo, Helí y sus hijos 33
Época de los Reyes de Israel 34
La justicia y la misericordia en el Nuevo Testamento 37
La conducta de Jesucristo 38
El gran misterio de la Redención humana 41
Conozcamos y amemos a Jesucristo 42

OTROS LIBROS DEL AUTOR

La Biblia más Bella, con 80 pág. ilustradas a todo color
La Biblia a tu alcance. Es un catecismo de la Biblia
Catequesis Bíblicas, siguiendo el Catecismo
Catecismo de la Biblia, para conocerla bien
Historia Sagrada o de la Salvación, muy ilustrado
Nuevo Testamento Explicado, con amplios comentarios
Tesoro Bíblico Teológico, con muchos temas sapienciales
Evangelios y Hechos Apostólicos, compends. e ilustrados
Jesús de Nazaret, con 120 pág. y muchas ilustraciones
Dios te habla, con palabras de la Biblia
El catecismo Ilustrado, de 160 pág. muy ilustradas a todo color
El Catecismo más Bello, muy ilustrado a todo color
El Matrimonio. Preparación y cómo vivirlo
Bautismo y Confirmación. Para prepararse a recibirlos
¿Existe Dios? Vea las pruebas más claras de su existencia
¿Existe el Infierno? Lo dijo Jesucristo y lo afirma la Biblia
¿Existe el Cielo? La felicidad verdadera y eterna
¿Quién es Jesucristo? Se prueba que es Dios
¿Quién es el Espíritu Santo? Es el Dios que vive en tí
¿Por qué no te confiesas? Es muy fácil y te conviene
¿Por qué no vivir siempre alegres? Razones para alegrarse
¿Seré sacerdote? Conveniencias y ventajas
Para ser Santo. Basta quererlo. Se humilde
Para ser Sabio. Importancia de las buenas lecturas
Para ser feliz. Te enseña a conseguirlo
Para ser Apóstol. Es muy importante y necesario
¿Por qué no eres Católico? Razones para serlo
La Buena Noticia. ¡Puedes ser feliz! ¡Dios quiere que lo seas!
La Caridad Cristiana, resume todas las virtudes
La Bondad de Dios. Trata de lo mucho que nos ama
La Santa Misa y su valor infinito. Aprovéchate
La Virgen María a la luz de la Biblia. Muy importante
La Penitencia ¿qué valor tiene?
La Formación del Corazón. Aprende a dominarte
La Formación del Carácter. Edúcate a tí mismo
La Reforma de una Parroquia. Como hacerlo
La Matanza de los Inocentes. El gran crimen del aborto
La Senda Desconocida. La virginidad

La Cruz y las cruces de la Vida. Lo que nos conviene sufrir
La Religión Verdadera y las diversas sectas
La Edad de la Juventud y sus Problemas
Los Diez Mandamientos, según la Biblia
Los Grandes Interrogantes de la Religión expuestas con claridad
Los Santos Padres y Doctores de la Iglesia
Los Testigos de Jehová. Su doctrina y sus errores
Los Males del Mundo y sus remedios
Los Últimos Tiempos. ¿Se están cumpliendo las profecías?
El más Allá. La existencia de la vida futura
El Diablo anda Suelto. Su existencia
La oración, su valor. ¿Es fácil orar?
El valor de la Fe, o el fundamento de la Fe
El Padrenuestro, es la mejor oración
El Pueblo pide sacerdotes Santos, no vulgares
El Dios desconocido. Tratado sobre sus perfecciones
El Camino de la Juventud. Consejos a los jóvenes
El Niño y su Educación. Cómo educarlos
El Mundo y sus Peligros, y cómo debemos defendernos
El Corazón de Jesús, quiere reinar por amor
Diccionario de Espiritualidad, bíblico-teológico, 336 pág.
Historia de la Iglesia, síntesis de lo más importante
Vida de San José, muy devota e ilustrada
Pedro, primer Papa. Fue elegido por Jesucristo
Flor de un Convento. Vida admirable de una muchacha
Florilegio de Mártires, de la última cruzada
Somos Peregrinos, vamos de camino al Cielo
Vamos de Camino, hacia nuestra patria de arriba
Tu Camino. ¿Has pensado en tu vocación?
Misiones Populares. Reflexión, sobre las verdades eternas
De Pecadores a Santos. Cómo podremos conseguirlo
Pecador, Dios te espera, no esperes más a convertirte
Joven Levántate y aprende a combatir las pasiones
Tu conversión, no la difieras, podrías no tener tiempo
Siembra el Bien. Se amable y comprensivo
Lágrimas de Oro, o el problema del dolor
No Pierdas la Juventud. Consejos a los jóvenes
Siguiendo la Misa. Cómo debemos oirla bien
Visitas al Santísimo Sacramento, para todos los días
El Valor de la Limosna, solo lo sabremos en el Cielo
La Acción de Gracias después de la Comunión